

Creación

Sonja Åkesson



Sonja Åkesson. Fotografía Hans Jacobsson / Scanpix

Sonja Åkesson

Sonja Åkesson (1926 – 1977), poetisa y dramaturga, nació y creció en la isla de Gotland desde la que se trasladó a Estocolmo en 1951. Allí siguió en 1954 un círculo de estudios sobre poesía moderna y luego otro de escritura libre.

Debutó relativamente tarde, en 1957, pero ya sus dos primeros libros la colocaron entre los debutantes más prometedores.

Su poemario *Husfrid* (*Paz hogareña*, 1963) la hizo famosa y pronto se convirtió en la poetisa preferida del movimiento feminista. Su poema *Ser esclava de hombre blanco* es un clásico. Destaca su capacidad para concentrar una historia en pocas palabras sugerentes y contarla con humor y distanciamiento en un idioma cotidiano y de tono muy personal.

Durante la década de 1960 Sonja Åkesson colaboró activamente con grupos de teatro independiente. Escribió diez poemarios, una veintena de textos para teatro y canciones.

La editorial Vaso Roto publicará este año una amplia antología de su obra.

Voluntariamente

Fue como la pequeña mosca que no quería volver a casa — se encontraba muy bien en la ventana de sirope.

—Pero, hija mía, dijo la mamá mosca. ¡No te vas a pasar todo el día sentada en la ventana de sirope! ¡Qué dirían!

La niña mosca no contestó, simplemente hizo como que no oyó.

La mamá, que estaba bastante agotada, se marchó volando.

Era algo con lo que la mosca niña no había contado — ¿cómo iba a regresar a casa con la honra intacta? Después de un rato se sintió saciada y más que satisfecha

Entonces tuvo una idea.

—Oye tú, le dijo a la araña que andaba por allá arriba, en el techo, no te apetecería capturarme y llevarme a mi casa para que no pareciese como que yo... es algo tan irritante regresar a casa voluntariamente ¿comprendes?

Bueno, la araña no tenía nada en contra. Si podía hacer una buena obra... Era como una pomada milagrosa para la vieja conciencia llena de heridas de una araña.

Así pues la araña devolvió a la hijita pequeña a su madre que quedó al mismo tiempo encantada y aterrorizada y revoloteó de aquí para allí murmurando sobre lo uno y lo otro. Poco a poco fue comprendiendo que la araña — ya que tan elegantemente había vencido sus bajos instintos— estaba enamorada en serio de su hija.

Y cuanto más pensaba la araña, más impresionada estaba de su hazaña — y por la chiquilla mosca. Y ella, la mosquita, bueno se sentía tan halagada que inmediatamente se puso a pensar en velos y tules y...

Sí, eso es lo que puede pasar aquí en el mundo cuando una araña y una mosca quedan prendadas una de otra.

Una carta

¡Hase!
¡Hans Evert!
¿Te acuerdas de mí?

No fui tu primera chica
claro
pero tu fuiste mi primer chico.

Ibas constantemente en la bici, una Rambler,
y llevabas la gorra en la nuca
y yo iba en la barra con mi abrigo rojo
y a veces en la parrilla.

Una tarde nos caímos en la cuneta.

Qué canciones cantabas.
Ya entonces eran viejas:
“A casa de mi chica
tarde o temprano
me lleva el camino
a casa de mi chica
que escribe
que me quiere”
aún oigo tu voz con precisión:
azafrán y canela y unos granos de mostaza
y tú desafinabas un poquito en todos los tonos.

Tu hermana estaba gorda y se llamaba Jenny

Cuando empezamos tú tenías 17 años y yo —
no, no me atrevo a decirlo.
Podrías acabar en la cárcel.

Tú estabas siempre bronceado por el sol.

Luego llegó la movilización.

¿Recuerdas aquella cabaña de la orilla del lago azul
con el gallo y el gato y los abedules?

Imagínate que viviésemos allí ahora.

Yo hubiese tenido un montón de críos
que se lavarían en una palangana
en la cómoda
antes de ir a la catequesis dominical.

Tu hermana, la gorda Jenny,
hubiese sido mi cuñada.
Pero no hubiese tenido suegra.

Tu padre la había matado de un tiro
y luego se había cortado el cuello
con una navaja de afeitar.

Una vez me enseñaste una foto de ellos.

A veces te emborrachabas un poco.
Entonces ponías en el manillar
ramilletes de jazmín
o ramitas de peral en flor.

Una vez te lo hiciste
con otra chica.

Cuando enloqueció tu padre te escondiste en un
armario.
Él también había pensado matar a tiros a los hijos.

Yo mentía todas las noches.

Nunca había mentido antes.

Cuando mentía hacía como
si yo no fuese yo.

Simulaba que era un sueño.

Pretendía que ni siquiera era yo
la que soñaba.

Mi madre tenía un olor ligeramente ácido.
Se le había caído el pelo.
Ella lloraba
y yo también lloraba convulsivamente

aunque sólo era un sueño,
y aunque tampoco era yo la que soñaba.

Todos los días eran un solo sueño.

Una noche mi madre se sentó con abrigo y sombrero.

Imagínate que lo hubiesen hecho,
quiero decir si me hubiesen echado de casa.
Imagínate, yo que lloraba reclamando a mi madre
desesperadamente
cuando sólo llevaba una semana en casa de la prima Ruth.

Tú eras bueno con los niños.
Y no quiero decir nada irónico.
Yo no era un niño.

Tú eras muy bueno con los hijos del campesino.
Tú eras también bueno con la vieja señora de la
limpieza.
La gente decía que eras bueno con los hijos del
campesino
y con la vieja señora.

“Un saludo con el viento quiero yo enviar
a mi padre y a mi madre y la chica de mi lugar”

Cuando cantabas te subía y bajaba la nuez.

Tú padre llevaba mucho tiempo sin levantarse,
paralítico,
creo que a raíz de un accidente.

Tu madre estaba muy guapa en la foto.

Luego estalló la guerra
y durante varios años
no fui la chica de nadie en particular.

Durante algunos años no mentí nunca.

Más adelante te hiciste de los de Pentecostés
y te casaste, bastante rico
con una chica, con finca, también de Pentecostés.

Te encontré una vez.

Le habías pedido perdón a Dios, dijiste.
Me sonó bastante estúpido.
Sabía que me deseabas.

¿Cuántos años puedes tener ahora?
¿45?

¿Sigues en la congregación redimido?
¿Crees que tu padre estará en el infierno?

¿Hueles todavía un poco a caballo?

Aunque seguramente tendréis tractor.